

ced a este tercer término, la primera sea aplicable al segundo. Esta representación mediadora, debe ser pura, es decir, carente de empirismo y al mismo tiempo ha de tener un cierto aspecto sensible. Una representación de este tipo es el esquema trascendental. De este modo llega Kant a la construcción de las categorías, pero a su vez las categorías constituyen una especie de arte secreta en cuanto se refieren al esquematismo, ya que la transformación total del *a posteriori* en un *a priori*, no queda absolutamente explicada si no se entiende que el esquematismo trascendental no es de suyo ni empírico ni lógico y que al mismo tiempo tiene un carácter unitario. Traduciéndolo en términos de teoría del conocimiento se podría decir que, de acuerdo con los principios kantianos, el conocimiento parece implicar la realidad y la realidad parece, a su vez, implicar el conocimiento y llevarlo dentro de sí. El conocimiento comporta el pensar categorial del que es objeto la intuición en la cual viene dada.—E. T. G.

GALLINGER (August): *Kants Geschichts- und Staatsphilosophie*, en «*Zeitschrift für Philosophische Forschung*», Band IX, Heft, 2, 1955, Meinsenheim/Gln, páginas 163-169.

Hacia los sesenta años comienza en el pensamiento de Kant un cambio que en ciertos aspectos afecta profundamente a su mundo interior, cambio que se realiza en el sector de sus reflexiones antropológico-morales. Sin duda bajo el influjo de Rousseau comienza este giro, según el cual Kant va valorando cada vez más el primado de la moral sobre lo intelectual, y valorando cada vez con mayor intensidad al individuo, al mismo tiempo que se esfuerza por definir el fin último de la humanidad. Por estas mismas razones se acentúa en los escritos de Kant la problemática de una filosofía de la historia. La filosofía de la historia descansa, desde luego, en la antropología, en lo que podríamos llamar, de acuerdo con Kant, la ciencia del hombre. Esta ciencia del hombre puede servir de paso a la filosofía de la historia abriéndose en dos caminos principales: el hombre como ser natural y el hombre como ser libre. Por una de estas vías se llega al sector en el que reina la especie y la especie cumple el plan general de la naturaleza. Desde esta perspectiva satisfacemos las exigencias

específicas y no podemos escapar a su mandato. Pero el hombre, como ser libre, está dentro del mandato de las leyes morales, leyes morales que en principio se manifiestan como opuestas a muchas de las exigencias de la naturaleza. Aparece así un antagonismo de fuerzas, en cuyo antagonismo hay que buscar el sentido profundo que dé unidad al ser humano y a sus obras como totalidad. Kant busca esta totalidad. En realidad no podremos alcanzar la totalidad si no es en una forma superior al individuo, en la que las fuerzas naturales se adecuen a las exigencias del ser libre, y esta forma superior, coordinante de los dos aspectos que en principio aparecían como antagonistas, es el Estado, y su poder es el poder destinado a llevar a cabo tal armonía. En este sentido, el Estado cuida la realización de la justicia, procura la felicidad y hace libre a los hombres. Un Estado de derecho será, en este sentido, aquel en el que las leyes coordinen del modo mejor las exigencias de los impulsos naturales y la libertad inherente al ser humano en cuanto tal. Kant se pregunta por el mejor supuesto político para realizar este ideal y encuentra que es la forma de gobierno republicana la que ofrece la mejor plataforma. En el orden republicano, el ejercicio de los poderes públicos evita en mayor grado el imperio de las fuerzas naturales. El Estado se constituye de este modo en órgano de la filosofía de la historia, pues siendo el proceso histórico expresión de las relaciones entre individuo y especie, el Estado muestra la forma concreta en que estas relaciones se realizan. Así si todas las conexiones de la convivencia llegasen a un ajuste perfecto, que es el fin paradisiaco que Kant predice, se logrará una eterna paz. En cierto sentido el reposo de la historia en el Estado.—E. T. G.

DE RUVO (Vicenzo): *Significato e valore attuale della pedagogia kantiana*, en «*Il Saggiatore*», año V, núm. 2, páginas 169-190.

De la pedagogía de Kant se puede repetir lo que con tanta frecuencia se ha dicho de la totalidad de sus escritos de la madurez, que se pueden compartir o bien se puede disentir de ellos, pero que es, por completo, imposible permanecer al margen de la inmensa riqueza de sugerencias que en ellos se encierran. Du-